

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



Ex-Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES

DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre...	1,50 pesetas.
Año...	6
Provincias y Portugal, semestre...	4
Extranjero y Ultramar, año	16
Número atrasado...	0,25
25 ejemplares...	1,50

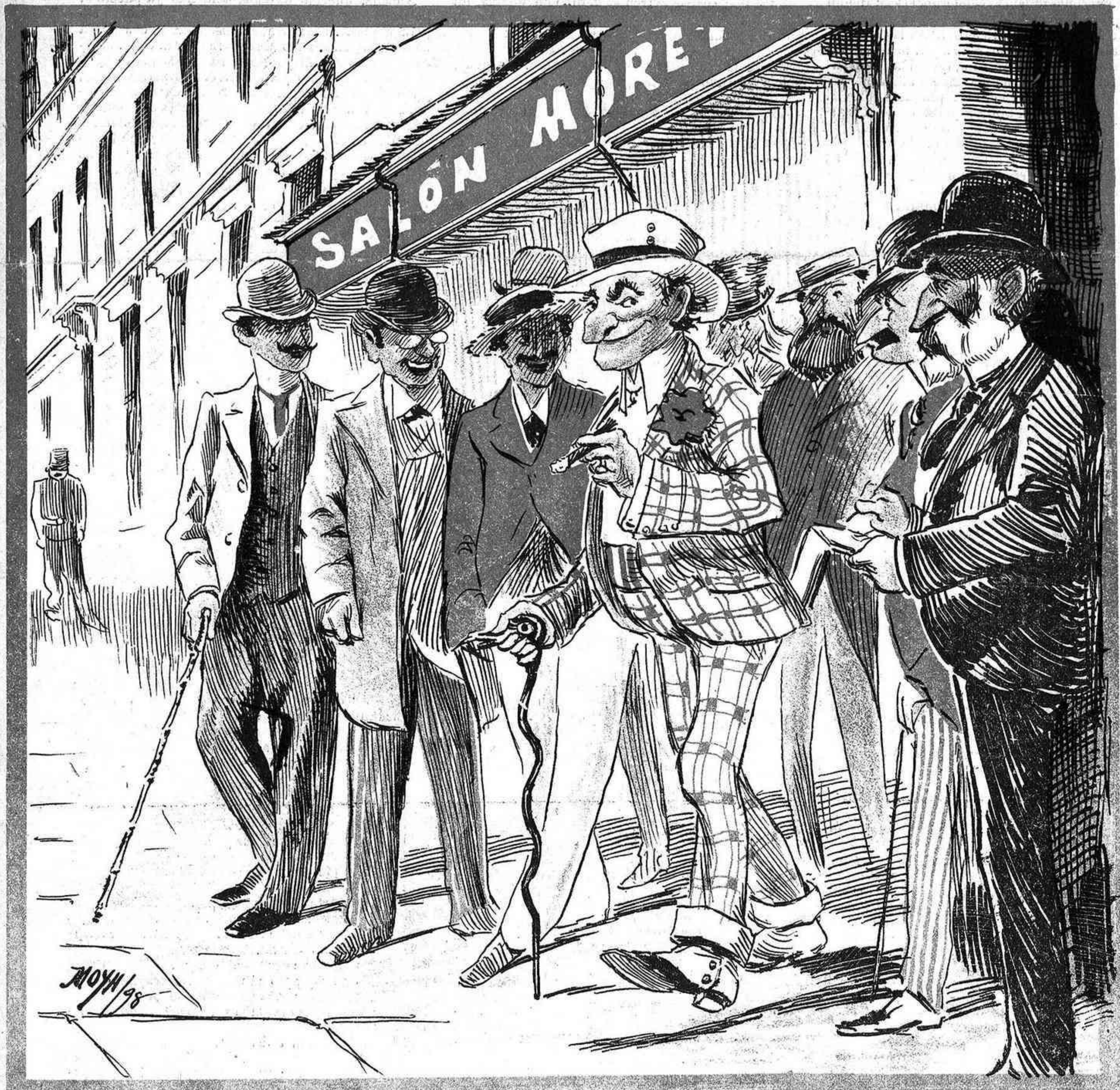


AÑO IV

Madrid 11 de Agosto de 1898

NÚM. 144

EL ULTIMO CONSULTADO



LOS REPORTERS.—Sr. Gedeón, ¿qué le ha aconsejado usted á don Práxedes?  
 GEDEÓN. —El cold-cream.

...AZ?  
 ...porque  
 ...seja el  
 ...; pero  
 ...al Go-  
 ...atural  
 ...re con  
 ...en mis  
 ...as con  
 ...encia.  
 ...decir,  
 ...es in-  
 ...d, que  
 ...nos-  
 ...l país  
 ...nocha  
 ...deón,  
 ...pero  
 ...s.  
 ...para  
 ...tierra  
 ...había  
 ...abili-  
 ...de  
 ...tru-  
 ...0h  
 ...s de  
 ...ada-  
 ...un

# Cartas de Gedeón

(BUSCANDO UN PARTIDO)

Vitoria, 30 de Julio.

Querido é ilustre Calínez (no te ofendas por lo de ilustre, pues también se lo llama Pablo Cruz á Sagasta y éste no se incomoda nunca): ilustre y querido Calínez, repito (porque el anterior paréntesis me ha salido demasiado largo, y después de leer lo que contiene, seguramente no te acordarás ya de lo que antes te decía), querido é ilustre Calínez (vuelvo a repetir, porque esto de los paréntesis es como las cerezas y los parientes de Sagasta; aquéllas se enredan por las guías de Amós Salvador, y éstos por los rabos, digo, no, viceversa). Calínez, en fin (y basta de paréntesis, que parece que estamos negociando la paz); has de saber que estoy en Vitoria y por eso fecho esta carta en la tal Vitoria, no porque hayamos tenido ninguna en nuestra guerra con los yanquis, ó mejor dicho, en la guerra que los yanquis han tenido con nosotros.

Pues bien, sí; estoy en Vitoria, como Villaverde (Pozo Rubio) y Dato, pero sin Hotel y sin carta de Silvela, dos artefactos que te recomiendo para veranear ¡porque son igualmente frescos! Y además, los silvelistas se van a quedar este año fresquitos. Pero no adelantemos los acontecimientos y déjame ¡oh, ilustre Calínez! que te haga una pregunta previa. ¿Qué es eso de la pregunta previa? dirás tú, torciendo el gesto, como si miraras al ojo de la Providencia que tiene en su cara el ministro de Estado. ¡Todas las preguntas son previas y más previas todavía cuando no obtienen contestación! Es posible que eso que yo supongo que tú dices, sea verdad, pero durante mi larga vida parlamentaria, oí muchísimas veces en el Congreso lo siguiente: Píu la palabra.—¿Para qué la quiere su señoría?—Para dirigir una pregunta previa al Gobierno. O sea: Hagan juego.—¿Esta hecho?—No va más—y como yo respeto ¿qué digo, respetar? venero todas las costumbres parlamentarias; de ahí, ó de aquí, lo de la pregunta previa. Pero vaya ya esta, que si no va a parecer un torpedero. ¿Le ha llamado Polavieja para formar gabinete? Ahí tienes la pregunta previa. Respóndeme á ella con tanta rapidez como si confiaras la confesión al conde de Romanones. Y ahora, permíteme que te explique el por qué de la pregunta. Hicé el viaje á ésta en segunda. Es decir, el coche que me trajo era de primera, pero el personaje político que hallé dentro del coche era de segunda. Perdóname que calle su nombre. *El nombre no hace bien al fusionista conspicuo.* Era, pues, un fusionista, y esto te baste; todos se llaman del mismo modo, liberales. Liberales que coartan todos los derechos de ciudadanía, es decir, liberales que gustan de los ciudadanos torcidos (¡qué suerte tienen algunos ojos que contemplan á Mr. Cambon!) Pues, bueno; mi compañero de viaje se llamaba liberal y no era de los que *distraían* durante la oposición cucharillas en el comedor de Sagasta, ó sea un ministrable, pero de segunda, un ministrable de crisis chica, algo como tiple del género chico; en suma, un ministrable con obligación de enseñar las pantorrillas en la Cámara popular. Eso era el político en cuestión. Usa calcetines negros, tiene vello más arriba de los calcetines y saludó á mi maleta llamándola «correligionario», lo mismo que harán con él Ferreras y Pablo Cruz.

¿Qué hay de política? le pregunté yo, mientras el revisor le decía por la portezuela contraria ¡el billete! y el hombre, confundiendo las especies, le dijo al revisor ¡Polavieja! y me largó el billete á mí. El empleado ferroviario (¿qué bonito es esto, verdad?) creyó que el ministrable le había llamado alguna cosa fea y metía ya el puño dentro del coche, como si fuese el duque de Tetuán; cuando me interpuso, deshice el error, y resultó que el ministrable tenía billete de segunda y viajaba en primera por equivocación. Aquí fué la otra Troya (sin duda la de Troyano el de *El Imparcial*), hasta que me interpuso nuevamente, aboné la diferencia de los billetes y se marchó el revisor.

—¡Con qué Polavieja!—exclamé después de tantos lances.

—Sí, señor, Polavieja, ó sea el vencedor de Lachambre, me respondió él.—¿Cómo el vencedor de Lachambre? Querrá usted decir el vencedor de los tagalos.

—Bueno, á los tagalos los vencía Lachambre, y á Lachambre Polavieja; de modo que dije bien.

—Vaya, pues, por eso no hemos de reñir; además, venciera á los tagalos el que los venciese, ya están sublevados otra vez, con que volvamos á la *Burbule*, quiero decir al general. ¿Tiene usted por *descontado* que formará Gabinete?—En cuanto se le curen los ojos.—¿Pero sigue padeciendo de la vista, y se atreve á publicar un libro con lo que vio en Cuba, primera parte de lo que no vio? Comprendo que el publicar esta parte segunda se pusiera la venda ó los lentes ahumados; pero estando como está y estamos en la primera, ¿para qué?

—Como no sea para formar Gobierno, Gedeón...

—Sí, amigo mío, para eso será. Tengo después de lo que usted me dice, por indudable, que formará Ministerio; y á quienes llevará de lazarillos?

Aquí mi compañero de viaje se recogió un momento (como los pobres que recoge Aguilera de la vía pública), y después dijo: «Llevará á los *ministra-*

*bles* fusionistas de segunda que queremos (y algunos lo logramos) viajar en primera; ó sea á Fulano, Mengano, el Conde de Tal, el Duque de Cual y el Padre... de la C. de J.—Pero si los liberales de primera lo han hecho tan mal, le argüi, á qué reemplazarlos con los de segunda!—Porque es preciso ensayar la gente nueva.—¿Sabe usted lo que le digo?—le repliqué—Que el general Polavieja podrá tener enfermos los ojos de la cara, pero la mayor parte de esa gente nueva que me ha citado usted, tiene malos hasta los ojos de gallo de los pies. ¡Vaya una gente nueva! Un *incunabile* recién encuadernado no puede ser un libro nuevo, señor mío, aunque usted se lo preste á Sagasta, que no ha leído ningún libro en su vida. La novedad en todo caso, sería que lo leyese él. ¿Qué nuevas ideas son las de esa gente nueva, que política nueva podemos esperar de esos individuos si toda su vida han hecho política vieja? ¡O es que no hay más que decir estamos sin estrenar, somos completamente nuevos, para que todo el mundo se lo crea? Bien sabe usted lo que decía Quevedo, que no creía ni en los diablos, ni en... los ministros de Polavieja; lo mismo me sucedió á mí.—Pues aun cuando á usted y á muchos más les pase tal cosa, tenga por indudable, Gedeón, que se formará en breve (ó formaremos, mejor dicho) el Gabinete Polavieja; tan sólo tropezamos para ello con una dificultad.—¿Puede saberse cuál es?—Que nos sobra una cartera.—¿Sobrar una cartera entre españoles! Ahí tiene usted una cosa verdaderamente nueva.—¿Y cómo es posible?...—Ahí verá usted: en España no hay gente nueva para ocho carteras. ¿La quiere usted?—La gente nueva? Gracias, no soy ama de cría.—No, hombre, la cartera sobrante. Tampoco; tengo que dedicarme á buscar mi partida en el Norte; voy á medias con Capdepón. ¿Por qué no se la ofrecen ustedes á Calínez?—¡Gran idea, Gedeón; usted nos ha salvado! En cuanto lleguemos á la estación próxima, se lo telegrafiaré á Polavieja.

Y así fué; apenas el tren se detuvo en Medina, mi compañero de viaje entró en la oficina del telegrafo público, y puso á Madrid el parte siguiente:

*General Burbule:*

Ofrezcale á Calínez cartera sobrante. Es gente nueva y último veterano Trafalgar.—M.

(Esta M es una inicial).

Ya tienes por lo tanto explicada mi pregunta previa.

¿Ha recibido el general ese parte? ¿Te ha ofrecido la cartera que sobra? ¿Has dicho que sí? ¿Digiste que no? ¿Sácame pronto de estas dudas, y no jures, Calínez, sin que lo sepamos tu confesor y yo!

Y ahora cómo he de referirte las demás peripecias de mi viaje, y las que me han ocurrido durante mi estancia aquí? Sería la carta interminable. Quédense para mí próxima epístola. Sólo he de de contarte que hay frecuentes tronadas, y que anda por estos alrededores Moret. Pienso celebrar una *interview* con Villaverde, sobre la actitud de las pequeñas potencias (antes grandes) en nuestro conflicto internacional. Otra con Dato, respecto al que tiene Silvela para esperar que formará Gobierno alguna vez, y pienso además darle la autonomía á D. Segismundo. Cumplidos estos elementales deberes, me dedicaré con toda el alma á la busca y captura de la partida carlista que nos hace falta al Gobierno para justificar su decreto de suspensión de garantías, y á mí para sentarme en el Senado por derecho propio. Te abraza como si fueras ministro, es decir, deseando ahogarte cariñosamente tu invariable amigo,

G E D E O N.

## EL TÍO JINDAMA Y SU LIBRADOR

¡Qué sorullo, qué canguelo, qué *jindama* tan inmensa la que ha pasado don Práxedes! ¡Qué aprensión! ¡Qué *dia...* etcétera! ¿Le vieron ustedes? Iba, según su costumbre vieja, en *berlina*, encogido; el rostro como la cera, y á su lado Cruz (don Pablo) que iba hecho una Magdalena. Por detrás y por delante y junto á las portezuelas se apiñaban, officiosos los esbirros de Aguilera, con los bastones porrados y con las caras muy feas y en pos de todos marchaba, luciendo la *planta* esbelta con su buen mozo de estoques, que llevaba la muleta el matador de más bríos y más garbo.

—¿Quién, el Guerra?

—¿Quién! si el Guerra es silvelista: Leandro Sánchez (*Cacheta*) que en los saltos al trascuerno jamás tuvo competencia y es fusionista de arraigo y hombre de grandes ideas y le da un estoconazo, como Sagasta á la prensa al que diga que don Práxedes llegó ya á la decadencia. ¡Qué talento el de Sagasta! ¡Qué fecundidad de ideas! ¡Qué original es! ¡Qué listo! ¡Ha visto usted que ocurrencia! ¡Y hay quien dice que está muerto! ¡Y hay quien cita á Polavieja! ¡Y hay quien cree que se marcha!

¡Y hay quien juzga que flaquea! Sagasta solo es eterno é inmutable. Las cabezas ante él humillemos todos. ¿Quién vió salida como esta? En situaciones difíciles hay que acumular las *fuerzas vivas del país* y nadie podrá dudar de que entre ellas ninguna fuerza más fuerte que la del bravo Cacheta. Allá á principios de siglo, cuando España era potencia de primer orden y estaba llena de hermosas Escuelas de tauromaquia, un ministro, Godoy, de memoria eterna que Príncipe de la paz, como don Práxedes, era, como éste, iba acompañado de todas las eminencias taurinas. Conque ya ustedes ven si aquí no se progresa. ¿Que dirá de esta política Mac Kinley cuando lo sepa? ¿Qué pensarán de don Práxedes las naciones extranjeras? Bien se ve que caminamos á escape á la regeneración de nuestra noble patria... con Sagasta y con Cacheta.

## MI CONSULTA

Á CALÍNEZ

No podía menos de suceder.

Desde que supe lo de las consultas, ó sea lo de los taparrabos para la paz, que han discurrido D. Práxedes ó su nieto (pues no es cosa averiguada á cual de estos dos insignes estadistas corresponde tan inspirado pensamiento), me dije: «Consulta tene-mos, Gedeón». Y efectivamente...

Anoche, querido Calínez, teniendo ya puesto el gorro de dormir, y en el momento en que menos esperaba que D. Práxedes me pusiera otro, cuando ya había también metido una pierna en la cama acordándome de los antiguos señores feudales que ejercitaban ese derecho por ausencia de Linares Rivas, y cuando me había persignado devotamente diciendo, según mi costumbre, ¡Dios nos coja confesados! que es mi exclamación favorita desde que están los liberales en el poder, y sobre todo desde que tengo á Moret cerca, héte aquí que llaman á la puerta de mi cuarto, pegando en ella espantosos golpes.

Creí que eran las pulgas, pues en esta ciudad hay tantas como silvelistas, y aun pican más que ellos, y eso que está aquí Villaverde.

De todos modos, y fuesen silvelistas ó pulgas, que tanto monta, yo pregunté ¿quién es? sin sacar la pierna de la cama.

—¡Abra usted!—me respondió una voz que reconocí por la de la camarera de la fonda;—traen un parte para usted.

—¿Un parte para mí? ¿Y de dónde?

—De Madrid.

—¡Ah! ¿Se ha rendido ya Madrid por falta de víveres?

—No lo sé, señor; el parte lo dirá.

—Pues métalo usted por debajo de la puerta.

Y lo metió la camarera.

El parte decía así:

«Presidencia del Consejo de Ministros.—*Particular.* (Y tan particular que continúe en ella D. Práxedes después de lo ocurrido.)

Gedeón.—Vitoria.

Me encargó presidente avise usted desea venga Corte consultarle sobre... (aquí unas palabras borrosas).—Cruz.»

—¡Sobre Cruz! ¡sobre Cruz! ¡Ah, vamos, pensé; se trata del país, y el que telegrafía es Pablo! ¡Pablo, el subsecretario y pimienta, digo paisano de Sagasta, por quien se dijo la frase ¡guarda, Pablo! y es verdad que guarda todo lo que pierde, pues hasta las carnes se las deja en casa! Ea, voy á contestarle, y lo hice de la siguiente manera:

«Pablo.—Madrid.

Imposible ir Corte. Necesito buscar partida. Diga presidente consulte telegrafo, responderé mismo procedimiento. Tengo pierna izquierda metida cama. Telegrafío y saludo con otra.—Gedeón.»

No habian transcurrido dos horas cuando recibí el siguiente despacho:

Gedeón.—Vitoria.

Telegrafío consulta. Estados Unidos exigen condiciones de paz siguientes:

- Estación cría canarios en Canarias.
- Palmas cuando desembarquen Baleares.
- Marianas abiertas.
- Carolinan idem.
- Islas Ladroneas ellos.
- Factoría parte posterior Fernando Póo.
- Iglesia Carboneras esta corte.
- Salón Heraldo, calle Sevilla, para centro suscripciones *New York Herald*.
- Autonomía nave cerdos Matadero.
- Armamento ejército cubano y portorriqueño.
- Cesión Beránger para almirante suyo.
- Pago España deuda Cuba y deudas senadores norteamericanos.
- Indemnizaciones á discutir.
- Un jamón.
- Suplica presidente diga si estas condiciones le parecen muy onerosas.

Y  
guir  
No  
teleg  
cesión  
na q  
ráng  
en L  
No  
del p  
da en  
lo av  
tario  
la de  
Le  
dicta  
deba  
ciert  
«D  
más  
Me  
sigui  
Dij  
encar  
bles.  
pidió  
Y e  
ter er  
fué n  
Ah  
sulta  
tendr  
Sie  
Vit  
Saga  
CO  
—I  
des r  
mido  
—I  
poni  
mism  
—I  
—A  
nes a  
Jerez  
Práxe  
—A  
—I  
tamo  
—C  
—I  
mará  
mos.  
—I  
ni el  
pes d  
llos d  
—I  
cocin  
otros  
cer el  
—N  
descri  
¡Igno  
enem  
—T  
los m  
rosida  
—P  
Sal  
consu  
—I  
—H  
hacían  
traído  
—G  
y los  
—E  
des, q  
nado  
ción.  
el pon  
lido s  
—I  
Det  
—Y  
—I  
—N  
á uste  
so. To  
tancia  
—S  
neral?  
—Y  
che se  
—I  
tonces  
—P  
que p  
jitas d  
de oli  
símbol  
—M  
hojara

Y sobre todo si cree (como creará) que debe seguir Sagasta gobernando.—Cruz.  
No he de negarte, Calínez, que la lectura de este telegrama me dejó cariacontecido. Especialmente la cesión de Beránger, el regenerador de nuestra marina que no existe, me llegaba al alma. ¡Ceder á Beránger cuando hace tanta falta para darse bombos en *La Correspondencia*!

No sabía, te lo juro que responder á la consulta del presidente, cuando recordé que Moret se hospeda en mi misma fonda. Corrí á su cuarto, á pesar de lo avanzado de la hora, y le encontré haciendo solitarios, su afición favorita, si no lo fuese mucho más la de ser ministro.

Leí el telegrama de Pablo Cruz, le supliqué me dictara una respuesta, y él, después de poner un rey debajo de un caballo diciendo ¡ay! ¡ay! ¡ay! como en cierta capital aragonesa, se dignó contestarme:

«Dígame usted á Sagasta que yo cedo eso y mucho más si me lleva al Ministerio.»

Me precipité al telégrafo y puse á Madrid el parte siguiente:

«Pablo.

Dígale Sagasta, Moret cede mucho más con tal le encarguen cartera. Condiciones parécenme aceptables. Yanquis podían habernos puesto gran aprieto pidiéndonos cesión vergüenza.—Gedeón.»

Y evacuada de esa manera la consulta volví á meter en la cama la pierna de telegrafiar. La otra no fue necesario, se me había ya dormido.

Ahí tienes fielmente referida la historia de mi consulta. Consérvala como oro en paño, pues algún día tendré que referirme á ella en la alta Cámara.

Siempre tuyo el consultado

G E D E O N.

Vitoria 6 Agosto (vergüenza en el rostro) 1898 y Sagasta.

## CÓMO SE HACE UN PONCHE SIN HUEVOS

—Hay que hacer el ponche—exclamaba D. Práxedes rascándose el tupé por encima del blanco y almidonado gorro de cocinero.

—Hagámosle—exclamó el duque de Almodóvar, poniéndose derecho el bigote izquierdo y el ojo del mismo lado.

—¿Pero un ponche sin huevos!

—¿Y qué? Yo estaba preparando ahora unos riñones al Jerez, y eso que me encontraba con mucho Jerez, pero con muy pocos riñones. ¡Animo, don Práxedes!

—Animado estoy, mi ilustre pinche.

—Bueno, pues ante todo, ¿con qué elementos contamos?

—Con ninguno. Tenemos el vaso nada más.

—Pues ya es algo. Todas las recetas dicen: «Tomarás un vaso...» De modo que si el vaso le tenemos...

—Ese sí, y de fortísimo cristal. Ni el calor le abre ni el frío le hace mella; resiste lo mismo á los golpes del puchero que á los trastazos contra los ladrillos de la cocina.

—¡Magnífico! Ahora sólo falta llamar á los demás cocineros del gremio, y malo será que entre unos y otros no nos proporcionen todo lo necesario para hacer el ponche.

—No seas inocente, ¿cómo hemos de pasar por el descrédito de pedir géneros á la tienda de enfrente? ¡Ignoras además aquel refrán que dice «Quién es tu enemigo.» «El de tu oficio?»

—Todo eso lo sé; pero no es menos cierto que en los momentos de apuro hay compañerismo y generosidad cuando lealmente se solicita la ayuda.

—Pues corre, que es tarde.

Salió el pinche, y á la media hora comenzaban las consultas culinarias.

—¿Cómo haríamos el ponche, don Eugenio?

—Hombre, yo no sé; pero si hubiera sabido que hacían falta cosas, al salir de Galicia me hubiera traído unos cuantos nabos...

—Gracias, pero no sirven. Cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento.

—Es verdad; pero en fin, ya sabe usted, D. Práxedes, que como canonista y como presidente del Senado me tiene usted absolutamente á su disposición. Si hace falta agua, como supongo, para hacer el ponche, disponga usted de todo mi segundo apellido salido de madre...

—¡Es natural! ¿siendo el segundo apellido!...

Detrás entró Vega Armijo.

—Yo le recomiendo á usted el vino.

—¿Blanco?

—No; eso no es vino, sino vendrá. Le recomiendo á usted un vino cualquiera, con tal que sea generoso. Todo lo más generoso posible en estas circunstancias.

—Se pondrá vino. ¿Y usted qué opina, mi general?

—Yo—respondió Martínez Campos—que si el ponche se hubiese hecho cuando yo dije...

—¡Bah! Mire usted, si lo hubiéramos hecho entonces, ahora estaría frío, y no lo podríamos tomar.

—Pues fuera de eso, á mí no se me ocurre si no que para darle aroma echemos en el vaso unas hojitas de laurel, símbolo de victoria, y unas hojitas de oliva, símbolo de paz, y otras hojas de palma, símbolo de martirio...

—Mucho simbolismo es ese, y, sobre todo, mucha hojarasca; pero todo se hará según ustedes manden.

Tetuán despachó en seguida su consulta.

—Yo creo—dijo—que convenía un poco de pan rallado, y mejor que pan, varias tortas y un mogicón duro del año pasado, por ejemplo.

—Hágase, según arte—exclamó D. Práxedes gritando á los marmitones que trabajan en el fogón; sin dar paz á la mano, por más que hacia la paz se iba. Silvia aconsejó el agua de borraja, como base del ponche.

Romero, una extraña combinación de ácidos y bases que produjera terrible y aparatosa efervescencia.

Azcárraga, unas gotas de agua de Lourdes.

Canalejas, un chorro del acreditado elixir de los Borgia.

López Domínguez, unas hojitas de escarola y pampalina para los canarios.

Weyler, tres ó cuatro copas de aguardiente con pólvora.

Castelar, un frasco de tinta de calamares.

Y así sucesivamente.

Con todo ello revuelto y mezclado se formó líquido para llenar, no ya el vaso de que disponía don Práxedes, sino todas las tinajas y pucheros de Alcorcón.

—Y ahora—exclamó uno de los pinches—¿quién es el valiente que va á probar esto?

—¿Quién ha de ser, pobrecillo, sino todos los españoles en la parte alicuota que nos corresponda por clasificación?

Empuñaron sendos *bocks* los compañeros de don Práxedes, y á la voz de ¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres! apuraron de un trago la pócima.

El efecto no se hizo esperar.

El Gobierno arrojó las colonias, por no decir las tripas, y se puso y nos puso perdidos.

Y no acaba aquí el efecto del ponche.

Porque siguen las bascas.

Convenientemente vigiladas por el general Marín.

## Epigramas viejos echados á perder

(DE VILLER GAS)

Iba por la calle Auñin:  
un puro enorme lucía  
y á una Marina seguía,  
largó su pipopo al fin:  
volvióse ella y con desgarro  
dijo al ver al pequeñuelo:  
—¿Dónde estará, santo cielo,  
el hombre de ese cigarro?

Sagasta se halla hecho un hielo  
con aqueste aire fresquito.  
—¿No tiritaba usted, abuelo?  
dicen, por tomarle el pelo.  
Y él responde:—Bien tiritito  
sólo que no se me siente,  
porque en esta compañía  
que formamos yo y mi gente,  
todos dan diente con diente  
y yo... encía con encía.

Sin asomos de acritud  
dijo á Sagasta Macario:  
—Siendo ya septuagenario  
estais en la senectud.  
Don Práxedes, muy ladino,  
contestó:—¿Qué estupidez!  
¡Si prosigo en la niñez,  
porque soy *sietemesino*!

Al reloj de don Fidel  
tu partido he comparado.  
Polavieja, *bravo y fiel*,  
pues *cien* duros le ha costado  
y no dan quince por él.  
Y aunque decirlo siento,  
nadie en este punto á oscuras  
habrá de quedar, si cuento  
que *noventa* de los *ciento*  
han sido de composturas.

Castelar está amoscado:  
*todo le carga*; y fundado  
está el hombre por demás:  
quien le conoce de atrás  
le ha visto siempre cargado.

Don Práxedes y un cesante  
fueron por la bula juntos:  
no hizo más el despachante  
que mirarlos al semblante...  
y se la dió de difuntos.

Carca á Romero llamó,  
por una equivocación;  
más dije:—Perdone usted—  
al notar mi indiscreción  
y contestó:—*No hay de qué*.  
(¿Lo comprendes, Capdepón?)

—¿Cuanto esa casa te cuesta?—  
preguntó á Sagasta, Diego.  
—*Nada*—dijo aquel, y luego  
así aclaró su respuesta:  
—Busco un casero que me haga  
buena casa, en ella vivo,  
y como soy vengativo  
*quien me la hace, me la paga*.

Romero á una dama vió,  
y haciendo, cual siempre, el trompo  
bailarín, la dijo:—Yo  
contra usted el alma me rompo.—  
Y ella pronunció con calma  
estas palabras felices:

—Tiene usted... pocas narices  
para romperme á mí el alma.

Jackson Capuz, *sin rebazo*  
me dijo:—¿Mis poesías  
censuras? ¡Con cuánto gozo,  
compadre, las firmarías!  
—Cierto y no te daré un palo;  
tengo ya el derecho justo  
de poner el *Visto malo*  
y las firmaré con gusto.

## ..... y armas al hombro

A lo que estamos:

«El alcalde de Bóveda de Toro (Zamora) ha reclamado el envío de doce á catorce parejas de la guardia civil, en previsión de que en aquel pueblo pueda alterarse el orden público...»

¿Por qué dirán ustedes?

¿Por el aumento de la contribución territorial?

¿Por el resultado de las consultas de D. Práxedes?

¿Por la recandación de consumos?

Nada de eso.

«Por no verificarse este año una corrida de toros que se celebraba desde tiempo inmemorial en él.»

Ya ve don Práxedes como son de una perfecta inocencia la previa censura, la suspensión constitucional y los temores gubernamentales de toda clase.

Aquí no ha pasada, ni pasa, ni pasará nada.

Mientras no nos toquen á los toros, se entiende. Sálvense los toros y perezcan buenamente las colonias.

La paella de Puerto Rico:

«El coronel Hulings se ha apoderado de 2.500 kilos de arroz que había en Ponce.»

Pues ha fastidiado á los voluntarios de Ponce.

Ya no van á poder hacerse su horchatita de arroz.

Pero, en fin, puede que se hagan otra cosa.

Gracias á los juegos de salón, no se pasa el verano del todo mal.

Almodóvar del Río escribió la contestación á los Estados Unidos.

Luego la entregó á Merry del Val para que la cifrase.

Merry del Val la envió á León y Castillo.

León y Castillo al ministro de Negocios Extranjeros de Francia.

Este á Mr. Cambon.

Mr. Cambon á mister Day.

Day á Mac Kinley.

Y luego viceversa toda la serie desde Mac Kinley á Sagasta.

Supongamos que alguno se equivoca.

Pues paga prenda y sigue el juego.

Mucha atención, señores...

De América ha venido un buque cargado de...

Impresiones del consultorio:

«Según parece, el único que se mostró resuelto partidario de la continuación de la guerra fué el Sr. Romero Robledo.»

Es que aun se siente húsar; es decir, un gran elemento de combate.

Si hubiese caballería de marina.

En cambio, el general Martínez Campos lo primero que hizo al llegar á San Sebastián de vuelta de Madrid, fué subir á una báscula automática y pesarse.

Ya esto nos parece demasiado pesimismo.

Dice *La Correspondencia*:

«Ayer se fueron la mitad de los personajes; mañana se irá la otra mitad.»

¡Si nos lo hiciera bueno el colega!

Porque eso probaría que todos los personajes están partidos por enmedio.

El jefe de la minoría carlista Sr. Barrio y Mier, ha escrito al Sr. Sagasta evacuando la consulta de que fué objeto.

¡Ah! ¿quién tuviera la talla política del Sr. Barrio y Mier!

¿O cuando menos ¿quién tuviera su segundo apellido!

Para contestar, aunque sólo fuera á medias, al señor presidente del Consejo.

Ha aparecido una partida republicana en Alcalá de Chisvert.

Ya, vamos; la misma de los años anteriores.

Ni tios ni partidas  
tengas en Alcalá;  
porque es no tener tios,  
ni partidas ni ná.

Una noticia para D. Práxedes:

«En el río Turia (Valencia) ha aparecido ahogado Gaspar Romero, operario de una fábrica, al intentar lavarse las manos.»

Nada, que en estas circunstancias no es posible lavarse las manos.

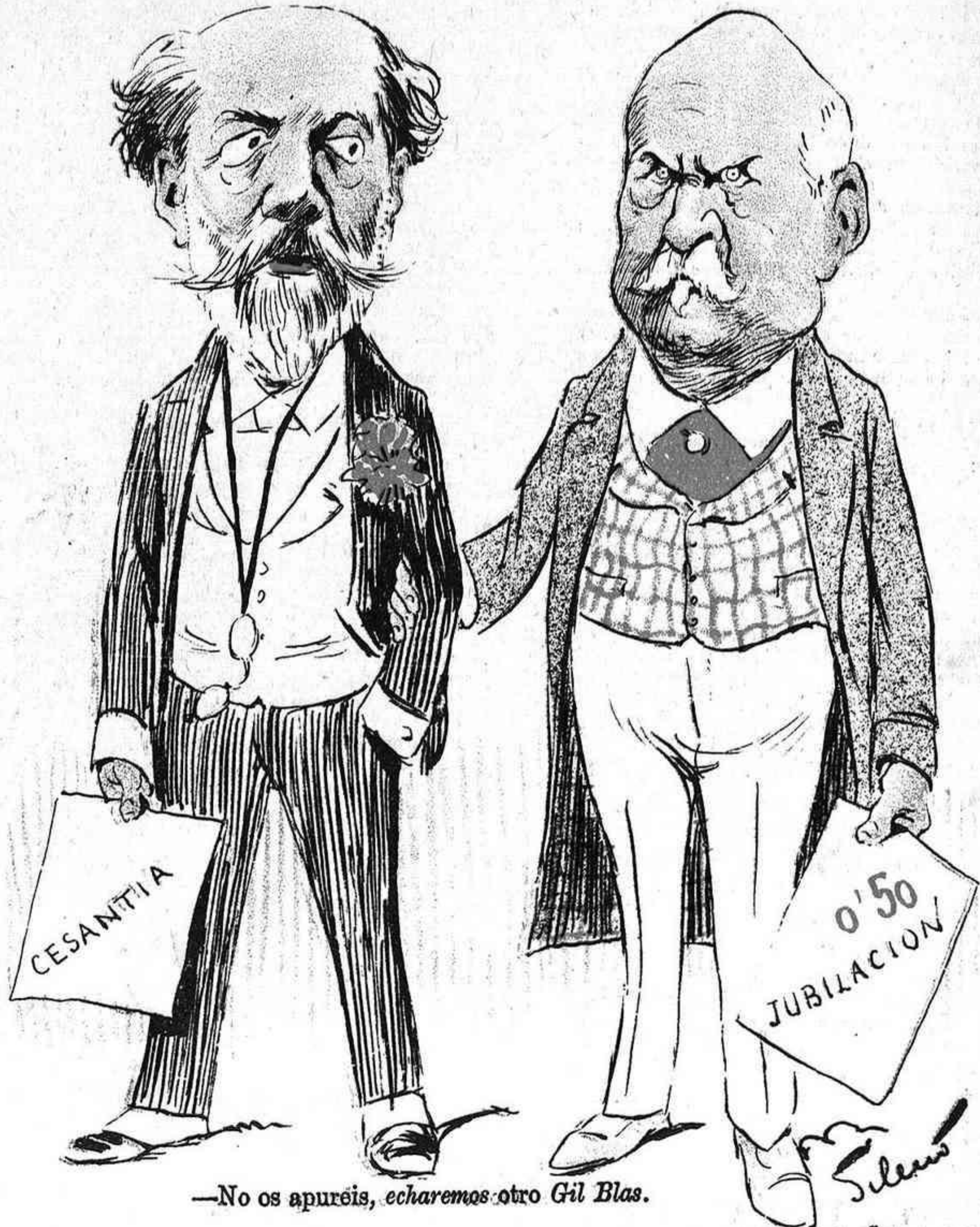
Ni aun llamando á consulta á los príncipes del Congo.

**EFEMERIDES DE AGOSTO, CON COLTAS**

- Día 1.*—1812.—Fúgase de Madrid el intruso rey Pepe Botellas.  
1898.—Continúa en Madrid el no menos intruso Práxedes Tapones.
- Día 2.*—416.—Muerte de Ataulfo, primer rey de los godos, á manos del conde de Cheste.
- Día 3.*—1492.—Colón sale del puerto de Palos.  
1898.—D. Pascual Cervera es aclamado en un *meeting* celebrado en Nueva York.
- Día 4.*—1704.—Toma de Gibraltar por los ingleses.  
1898.—Toma del Ministerio de Hacienda por los mismos.
- Día 7.*—1680.—Los españoles se apoderan de la ciudad del Sacramento.  
1898.—El Sacramento (de la Extrema Unión) se apodera de los españoles.
- Día 8.*—1235.—D. Jaime el Conquistador toma á Ibiza.  
1898.—D. Jaime, nuestro muy amado P. hijo del R. se dispone también á tomar algo.
- Día 9.*—1808.—El general marqués de la Romana ocupa la ciudad de Niebeg.  
1898.—El mismo general toma por asalto los cestos de los tahoneros en Madrid.
- Día 10.*—1557.—Famosa batalla de San Quintín.  
1898.—Preparativos para otra por el estilo.
- Día 11.*—1812.—Entran en Madrid, en medio del mayor entusiasmo las tropas de Wellington y el Empecinado.  
1898.—No hay entusiasmo ni entran tropas todavía, pero ya entrarán.
- Día 13.*—1520.—Carlos V conquista á Florencia.  
1898.—D. Paco Silvela acaba por perder la florentina.
- Día 14.*—1227.—D. Fernando el Santo pone la primera piedra de la catedral de Toledo.  
1898.—D. Camilo el Beato tira las primeras chinitas para el tercer partido.
- Día 16.*—1148.—Muere D. Ramiro el Monje, autor de La campana de Huesca.  
1898.—Muere D. Práxedes el lego, después de haber oído esa y otras campanas sin saber dónde.
- Día 17.*—757.—Comienza á reinar D. Fruela y á cobrar siete sueldos D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.
- Día 18.*—1817.—Los Reyes Católicos entran en Málaga.  
1898.—Los españoles salen de Málaga y entran en Malagón.
- Día 19.*—1810.—Ríndese Figueras á los franceses.  
1898.—Ríndese de cansancio... y algo más toda la Península é islas adyacentes.

(Con permiso del Sr. Aguilera, hay una continuación.)

**¡¡VÆ-VICTIS!!**



-No os apureis, echaremos otro Gil Blas.

**CONSULTA PÚBLICA**

Mire usted, D. Práxedes; yo creo que debe usted ir á la paz y desde allí venirse á Mos, porque ya es hora de que usted descanse.

EL M. DE LA VEGA DE ARMIJO.

Como presidente del Senado, creo que en la alta Cámara se ha abusado un poco del caldo de gallina; como canonista, mi opinión es que no nos vale ni la Bula de Meco.

MONTERO RÍOS.

Lo dicho, dicho, señor presidente; para la guerra me tiene usted á su disposición como soldado; para la paz disponga usted de mí como especialista en paces.

MARTÍNEZ CAMPOS.

Yo creo que no hay inconveniente en que hagan ustedes la paz con los Estados Unidos. ¡Ya ve usted! yo acabo de hacer las paces con Martínez Campos.

EL DUQUE DE TETUÁN.

Antes fui partidario de Lagartijo; ahora de Guerra, de Guerra y de Guerra.

ROMERO ROBLEDO.

Si yo estuviera en el lugar de usted, D. Práxedes, creo que desbarataría los planes yanquis, porque soy el tío Paco y podría venir con la rebaja.

SILVELA.

Ya ve usted, señor presidente, que llevo gafas negras. ¿Cómo quiere usted que lo vea todo?

POLAVIEJA.

A mí solo me toca responder *Deo gratias* cuando el celebrante se vuelva y diga: *Pax Domini sit semper vobiscum*.

AZCÁRBAGA.

Dispéñeme usted que le diga que la actual situación puede definirse por el estilo del cangrejo. Un lápiz colorado que anda hacia atrás.

CHINCHILLA.

El asunto en su esfera inmanente puede y debe dar origen á la meditación abstracta; no así en sus predicados, cuyo análisis y estudio integral puede ser ocasión de un diálogo socrático.

SALMERÓN

Yo creo, D. Práxedes, que no tiene usted que incomodarse en hacer la paz. Se la darán á usted hecha.

GEDRÓN.

**ESTACIÓN DE EMPALME**



EL CLAVICORDIO